

La Lucha Contra el Hambre

Por Alfredo Naranjo Villegas

Comienzo por advertir que no hago una frase rutinariamente humilde al decir que carezco de autoridad para hablar del tema: No soy economista ni sociólogo; ni financista ni hombre de empresa. Ni siquiera la tengo como médico, porque no soy experto en nutrición. Es verdad que el ejercicio profesional, muy alejado de esos lares, me lleva sin embargo a vivir con frecuencia el drama de la miseria; y ni siquiera esa experiencia me confiere derecho a intervenir con acierto en esta noche. Pienso que, involucrado como me he visto en una lucha por defender a los débiles contra los fuertes (que es en esencia la filosofía de quienes estamos combatiendo el control artificial de la natalidad, dispuesto por el imperialismo norteamericano), la Universidad Pontificia Bolivariana me ha discernido el difícil honor de comentar la Encíclica "Populorum Progressio" en su aspecto de lucha contra el hambre. Para ser honrado, debí rechazar la gentil invitación. Para ser franco, confieso que me tentó la oferta, como oportunidad aprovechable de decir unas cosas que tal vez interesen a algunas personas.

Causas del hambre

Parece pertinente que si se quiere combatir el hambre por medios racionales y lógicos, como nosotros hemos creído, sea lo primero analizar las causas de esta endemia que, apenas ahora, tiene tan espantados a quienes antes fueron indiferentes al problema.

Quien dé una ojeada al mapa de la repartición geográfica del hambre llegará inevitablemente a una primera conclusión: Las zonas de miseria corresponden, precisamente, a aquellas regiones que, con la complicidad de poderes económicos locales, han sido inmisericordemente expropiadas por las grandes potencias surgidas de la revolución industrial. Los países subdesarrollados son, paradójicamente, los que poseen las mayores riquezas en petróleo, en cobre, en estaño, en oro, en platino, en

NOTA. — Conferencia leída por "Radio Bolivariana" en el ciclo difundido acerca de la Encíclica "Populorum Progressio".

maderas. Pero ningún beneficio económico perciben de sus riquezas, que han de transferir, en el juego de los intereses económicos, a las potencias asignadas en los pactos de las llamadas "zonas de influencia". Exportadoras de materias primas, la importación de las mismas, ya elaboradas, prolonga su miseria en un círculo vicioso imposible de romper. Cada día reciben menos por lo que exportan. Cada día pagan más por lo que importan.

Y cuando digo que en el colonialismo radica la primera causa del hambre, no hago demagogia de complacencia. Tan imperialista como los Estados Unidos, es Rusia. Aún más: el interesado en estas cosas puede comparar dos mapas: el del eslavismo de Pedro el Grande o Catalina de Rusia, o el que Stalin forjó al terminar la Segunda Guerra Mundial. Lo que ocurre es que en aquella esfera los Imperios se llaman Soviets, y las colonias se denominan "Democracias Populares". Las naciones del "Tercer Mundo", el de los hambreados, van siendo estranguladas con un dogal cuyos extremos halan violentamente dos manos: una en Wall Street, Nueva York, y otra en Moscú. La lucha, en último término, no tiene otra finalidad: hacerse a materias primas. Para unos, conservar privilegios de explotación. Arrebatárselos, para su usufructo, la de otros. Asistimos ahora a un conflicto en que Rusia toma posición del lado de emires y jeques que mantienen un sistema de opresión ancestral sobre las tribus árabes. Es que al fondo hay petróleo!

Pero sería injusto afirmar que la única causa de nuestra pobreza es el Imperialismo. Cuando René Dumont publicó su patética declaración del año pasado: "La primera batalla contra el hambre acaba de ser completamente perdida", dejó muy en claro las causas de esa derrota: se trataba de la India. Si se hubieran logrado reunir los quince millones de toneladas de cereales que (entre otras peticiones) solicitaba angustiosamente el gobierno Hindú, se habrían requerido quince meses solamente en llevarlas a los puertos hindúes. Y no era eso lo peor: la principal dificultad estribaba en hacerlas llegar al interior, a las zonas del drama, por la carencia de vías de comunicación. En un país que estuvo unos cuantos lustros bajo ocupación inglesa! Pero había otras razones para el fracaso: las labores agrícolas se llevan a cabo con arados prehistóricos, de aquellos que, anota Dumont, en Francia se guardan en los museos de etnología. Todavía el yugo va uncido al cuello del buey! En regiones en que, al pie del Himalaya, en dos horas cae más agua que en Francia en un año, las más pavorosas sequías, por falta de riego. Enormes cantidades de alimentos perdidas, por carencia de locales adecuados para su almacenamiento.

Y por sobre aquel cuadro ya de por sí suficiente para explicarse el drama, la voracidad de los poderosos. El idioma universal de la usura. Regiones en que los aparceros costean el trabajo y los gastos de producción, pero exigen la mitad de la cosecha. Los préstamos a los miserables agricultores con un interés del 15% **semanal**, que llegan al 100% anual en caso de retardo en el pago de los intereses.

Quién, preguntamos, se liberará de la miseria?

Hace cuatro mil años llegaron los arios a la India. Impusieron el respeto al ganado, como signo de riqueza y como fuente de nutrición. Aquel respeto se transformó en culto religioso, que el Estado ofi-

cializó después. Y la nación que ocupa el segundo puesto en el mundo en cuanto a población ganadera, sucumbe de hambre porque el prejuicio religioso, este sí prejuicio, obliga a los famélicos a morir al pie de sus ganados.

Josué de Castro llamó **Tabú** al hambre. Sostuvo que es un flagelo construído por el hombre. Comentándolo, escribió Michel Bosquet cómo es cierto que las inundaciones son obra de la deforestación; cómo el agua, no encontrando barrera de árboles, arrastra la tierra a la desembocadura de los ríos. Y cómo la tierra cubre de arena su pudor. El desierto de Libia, en Africa; el del Thar en la India, el "sertao" brasileño, han sido obras del hombre. Qué dirían si conocieran nuestras costumbres! Si nos visitaran en los meses de enero y de febrero, cuando nuestros campesinos se hacen el Hara Kiri quemando nuestros bosques. No fue la alta Guajira una región que surtió de frutales la Costa Atlántica? Las quemas, primero, y los rebaños de cabras después, transformaron aquellas tierras en arenales en que sólo prenden los cactus. Mientras al otro lado de la frontera, en Venezuela, iguales tierras se ven cubiertas de coqueros aprovechados industrialmente, y atravesadas de carreteras pavimentadas.

Pero además, nos mató la ingenuidad. Nos dedicamos, en los países subdesarrollados, a hacer el juego del monocultivo, que nos estimulaban aviesamente desde fuera. El espejismo de los dólares, que tanto ha logrado en el bazar de las conciencia más rectas, nos impedía ver el desangre de lo que sí valía, con la mirada fija en las cargas de café. Así se nos fue el oro, así el platino, así el petróleo, así nuestra riqueza maderera. Y en pago de todo, ni un acueducto, ni un alcantarillado, ni una escuela en las míseras barriadas vecinas a los campos de explotación. En 1958 Colombia vendía el 82% de su café a los Estados Unidos. Para la nación norteña, el porcentaje de compra era apenas del 20%. Los países exportadores, que inicialmente eran doce, llegan hoy a sesenta y seis. Porque cuando les convenía, para bajar el precio, el cultivo del grano fue intensificado en Africa. Era una forma de repartir nuestra pobreza, sin aminorar su peso, contrariando tal vez la sana intención de los potentados. Y así se explica la escandalosa inequidad: un jeep, que en 1954 costaba el valor de 19 sacos de café brasileño, ocho años después valía más del 100%: el de 39 sacos.

Y cuando en la Hoya Amazónica el caucho era exclusividad colombo-brasileña, se lo llevaron del Amazonas a cultivarlo en otra de las Haciendas del Imperio: se llamaba Malasia! Nos quedó "La Vorágine" para que calmáramos el hambre con el canto a la selva. Y nos dejaron, como abono, los cadáveres de nuestros caucheros, devorados por una manigua cuyo vientre, si lo hubieran querido, habrían podido atravesar de vías de comunicación. No es menos bravía la selva del Putumayo. No es menor el obstáculo que opone la cordillera para llevar un oleoducto de Puerto Asís a Tumaco. Por qué, entonces, no construyeron carreteras en la Amazonía? Es que el petróleo no se podía llevar a Malasia, como el caucho. Las riquezas minerales no son desplazables. Se va a su fuente, cueste lo que cueste. Pero debemos morir de hambre, porque no hay dinero para colonización. Sí lo hay. Lo que pasa es que tiene destinación específica: saquearnos.

Otras causas distintas al colonialismo

Pero no ha sido, repito, el colonialismo la única causa de nuestra miseria. Ha ido mermando el ímpetu inicial. Entre una pereza de la cual no somos responsables, la que origina la sub-alimentación, y la que se va apoderando de nuestras clases obreras, nuestra América Latina se va destruyendo al pie del coloso. Es la pereza que han engendrado las conquistas sindicales mal orientadas. El sindicalismo surgió como necesidad de defensa contra los abusos patronales. Ha evolucionado a su vez hacia el abuso contrario: el de protección del haragán. Y la clase patronal, a su vez, desestimula al empleado o al trabajador eficiente, nivelándolos en igualdad de condiciones. Si lo mismo da trabajar bien que mal, quién sentirá estímulo de superación? No parece que sea suficiente para colmar todas las aspiraciones a que el deber lealmente cumplido da derecho, cerrar el capítulo de una vida con el fulgor de una medalla de buen servidor.

Pero de otra parte, por culpa de la falta de estímulo de los que detentan el poder económico o el político, y por culpa de la equivocada orientación de las luchas sindicales, la holgazanería va sentando sus reales, y la miseria, que es la inevitable consecuencia del ocio, va cimentando su imperio: yo quisiera invitar a los interesados a que se enteraran de lo que hace mucho tiempo es observación de los médicos. Nosotros, arrojados por el Estado al desprecio de la medicina socializada, vivimos la tragicomedia de la simulación. Sin abundar mucho, los invitamos a visitar las clínicas de los Seguros en tiempo laboral y en tiempo de vacaciones. Analizar cifras. Consultas en épocas de trabajo y en días de descanso, no del personal médico sino del de trabajadores. A que comparen, para una determinada afección, el promedio de días de hospitalización en clínicas particulares y en las del Seguro. Sé la observación que se me hará. No me refiero a costos. Me refiero a que, en igualdad de condiciones de tratamiento ambulatorio, el trabajador particular se reintegra más rápidamente a su oficio que el socializado, digámoslo así. Adivino igualmente lo que se pensará de los médicos que toleramos tal fraude. No es este el momento de responder que no en vano se llevó a una profesión a someterla a presiones sospechosas, a subordinarla a otros intereses. Y pensar que para muchos es inexplicable el éxodo de profesionales al exterior!

Hay además otro hecho que está incidiendo seriamente como factor de desempleo: la tendencia creciente a la dependencia de la industria o del gobierno. La industria llevó a la mujer al trabajo por dos razones: porque la mano de obra femenina era más barata, y porque la mujer tiene un sentido del orden que no es común en nosotros los hombres. Desapareció la primera razón con las luchas sindicales a que aludía. Pero le fue imposible reversar a la industria. Sentado el precedente, la mujer quedó en igualdad de condiciones al hombre. Perdido el respeto a lo que se llamó el sexo débil, se sintió ella igualmente capaz de desempeñar las funciones del varón, y como oficinista, o como obrera rechaza el retorno al hogar. La convivencia en la fábrica, con el aditamento que mencionaré luego, llevó a la proliferación de los hijos ilegítimos. Muy acucioso el legislador en este aspecto, acudió rápi-

damente en ayuda de "la compañera" y dejó sin amparo a la esposa. Los hijos carecen de defensa, porque el Estado no obliga a sus padres a velar por ellos. En la práctica las garantías sociales son más operantes para la concubina. El espejismo engañoso de las prestaciones sociales llevó, por otro lado, a la mujer a creer que sólo en las oficinas o en los talleres encontraría garantías. Nos llegó el lujo norteamericano: prescindir del servicio doméstico prematuramente sin la mecanización que lo sustituya, como en los Estados Unidos. Y la mujer, en plena productividad en nuestras clases pobres prefiere sucumbir de hambre si no encuentra ocupación diferente a la de las fábricas o la de las oficinas.

Pero somos, para mayor desdicha, un pueblo vicioso. Resumiré la situación en lo que algún día me relataba el tendero a quien exigía que, por razones de salud no trasnochara. "Y cómo hago, si tengo que vender el licor para poder vivir? La cosa es muy clara me decía: sube el precio de la leche y aleja muchos compradores. Sube el chocolate, y prescinden de comprarlo muchas amas de casa. Sube el del "trago" y las ventas no sufren mengua". Hasta acá el tendero. Quién no ha visto la invasión de las cantinas, lo mismo en las barriadas de las ciudades que en las plazas de los pueblos o en las fondas de los caminos: el día de pago? Y bien: es que hemos enseñado a nuestras clases pobres otras diversiones? No llega al Estado gran parte del producto de venta de licores que él mismo fabrica?

El menosprecio en que se nos tiene en naciones poderosas no carece de razón. A raíz de la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy, —el único mandatario norteamericano que miró a Latinoamérica por encima del interés de las minorías privilegiadas —se nos enrostraron verdades amargas. Destino de fondos que se alzarían aventureros políticos. Desviación de ruta... nunca se dirá a dónde fueron a parar muchos millones que se perdieron en el escalonamiento de contratista a subcontratista...

Sin desconocer jamás la obra redentora de los capitanes de industria, ella, infortunadamente se autolimita en círculos a los que, por excepción, puede llegar un no predestinado. El trabajador de iniciativa sabe hasta dónde llegará en la vida, si no tiene acceso a oportunidades cuyo disfrute le será permitido. Y son nugatorios muchos esfuerzos de especialización de personal, porque esa especialización no encuentra campo de ejercicio. Una apertura del círculo, daría seguramente mayores oportunidades a muchas preparaciones frustradas.

De otra parte, la empresa privada sufre el asedio del Estado, que comprometido permanentemente a mantener una inmensa población de electoreros (que no de electores) despilfarra los dineros públicos y hace incursiones periódicas al fruto de la organización privada para transferir sus logros a sus fauces insaciables.

Pero hay finalmente la pereza de la sub-alimentación. Es la que conocen nuestros campesinos, devorados por las enfermedades y por la ingestión alimenticia deficiente; es la que nos golpea el rostro de cristianos nominales. La que se origina en un infame sistema de explotación que clama justicia. Porque el campesinado no tiene sindicatos. No tiene patronos que velen por él. No interesa mayormente a los políticos, ya que por sus condiciones de repartición geográfica no presenta

la fácil concentración del personal humano de las fábricas a la hora de la prédica demagógica. Como no hay vías de comunicación, su miseria puede ser ignorada. Y es ahí, en los núcleos rurales, donde la injusticia social adquiere características sombrías. Es de ahí, de los oprimidos sin voz sindical, de donde llega el clamor que recogió el Pontífice en su Encíclica. Es ahí, donde no hay carreteras, no hay caminos, no hay escuelas, no hay centros de salud, no hay habitaciones, donde el hambre no merecida, el hambre no buscada deliberadamente, ha asentado su imperio. Sin derecho a prestaciones sociales, o burladas hábilmente por latifundistas sin conciencia, una inmensa población nace, vive y muere sin haber conocido una sombra siquiera de dignidad humana. Y hay la población que no encuentra ocupación sino tres días a la semana porque así pueden ciertos terratenientes eludir salarios dominicales y de días feriados.

Medios de lucha contra el hambre

a) - El control de la natalidad. Basados en la tesis de que el hambre es la consecuencia del aumento geométrico de la población, mientras las posibilidades alimenticias le van muy a la zaga, algunos grupos, dirigidos desde los Estados Unidos, han desatado una campaña de control de la natalidad que creen ellos es la única manera de combatir el hambre.

Vale la pena de que nos detengamos un poco en analizar. Los demógrafos coinciden en que el aumento de la población mundial ha sido tal que en los últimos 30 años ella se ha duplicado. Téngase en cuenta que, además de la segunda guerra mundial, ha habido conflictos que han exigido millares de víctimas como holocausto: España, Corea, Vietnam, Colombia... A pesar de ello, los países subdesarrollados son los de mayor tendencia en ese desmesurado crecimiento. El aumento de población no se ha producido por generación espontánea, ni lo explica la multiplicación de medios de comunicación, porque precisamente, la falta de vías de comunicación es una de las características del subdesarrollo. Hay una cosa que lo explica parcialmente: está comprobado que la fertilidad aumenta con la subalimentación, especialmente de proteínas. Es un hecho que el ocio engendra el vicio. Es otro hecho que la falta de incentivos, la carencia de escuelas para los hijos, lleva a los padres a tenerlos que emplear tempranamente en labores agrícolas, entre otras razones, además, por la elemental de que necesitan del trabajo de ellos para completar una modesta entrada que les permita sobrevivir.

Pero esa subalimentación, y esa carencia de planteles educativos, y esa ausencia de vías de comunicación han existido desde hace muchos siglos. Cómo, pues, explicar este súbito crecimiento de la población mundial? Se calla la razón, por el temor que invade a muchos de aceptar argumentos que pueden hacerlos sospechosos de simpatías religiosas. Lo evidente es que coincide ese crecimiento con la campaña de sexualización que el cine, la radio, la revista pornográfica, despertaron y estimularon. Con el argumento de que no había escenas inventadas, de que todo lo que la pantalla mostraba era la ocurrencia de alcobas y prostíbulos, los empresarios de California y París desataron sobre

el planeta los siete pecados capitales. Particular énfasis se hizo sobre la pasión carnal. La cinta cinematográfica, para un público mañosamente corrompido, no tenía mayor aceptación si no había trucos de adulterio, desnudos, incitación; de los cines salíamos los muchachos a los prostíbulos “a saciar los ardores de la carne liviana”. La prostituta aumentaba su clientela. La no prostituta vacilaba. Y la maternidad no se hizo esperar. Pueden estallar de ira los “intelectuales”, los que creen en el arte por el arte en pueblos sin cultura. El excitante estaba ahí. La pasión despertaba en el púber, la sangre hervía, el sexo llamaba.

En los Estados Unidos, como, en Francia, habían avanzado más. Ya conocían el fraude, y podían llegar al placer sin consecuencia. La mujer era simplemente la cortesana, que sabía eludir “el castigo” de la maternidad. Allá no había prejuicios religiosos. Los blancos, en los Estados Unidos, decidieron limitarse. En parte porque conocían los medios de hacerlo, en parte porque, sobrealimentados, se reproducían menos. Pero los habitantes de color, o desconocían la manera de burlar a la naturaleza, o liberados de la esclavitud para seguir viviendo en condiciones infrahumanas, estaban necesariamente preparados para reproducirse en mayor escala que los blancos. Las perspectivas son conocidas. De no hacer algo, ya, la población negra sobrepasará la blanca dentro de unos pocos lustros.

Y ocurrió también otro fenómeno: el aumento monstruoso de la población mundial de los países subdesarrollados, aumento que provocó la incitación al sexo que desataron los magnates del cine, trajo otra consecuencia: los países pobres se dieron cuenta de que eran víctimas de una explotación de centurias, de que eran despojados de sus riquezas por la ley de los más fuertes. Había desaparecido la solidaridad que en determinado momento encontraron naciones que aparentaban luchar por principios cristianos. Los explotadores se vieron rodeados de pueblos hostiles. La superpoblación engendraba el odio; en vano acudían con limosnas, sin remediar la injusticia fundamental: la explotación, el despojo de las riquezas de los países pobres. En vano luchaban por elevar el nivel científico. Los pueblos descubrieron el juego: eran ayudas condicionadas. Era la colonización intelectual lo que buscaban. Torpemente, el cobro prematuro de esa ayuda enajenó a los países ricos la voluntad de los débiles. Perdieron la simpatía de grandes núcleos intelectuales. Se vieron obligados a comprar amigos.

Haber acudido a la limitación artificial de los nacimientos fue fruto de conclusiones apresuradas. Cómo se explica que una causa tan evidente de aumento de la población mundial por el abuso de la sexualización no se combatiera restringiendo la pornografía? Hubiera alejado de las salas de cine multitudes que buscaban el excitante. Debemos confesar que la solución fue realmente sabia. No se restringiría el placer. La campaña, pues, no perjudicaría intereses económicos...

Ya verán nuestros nietos, si esta campaña es coronada por el éxito, como claman por mayor población los que insaciables en la ganancia, buscan millones de espectadores para sus salas vacías. Claro que el demonio no existe!

Pero el hombre se va enredando en el hilo de la técnica. La automatización aumentará al máximo el número de los sin trabajo, porque

la máquina los suplantarán. Es el precio que exige la máquina servida por, no al servicio del hombre. No ha de cambiar desde luego la condición humana. Los pocos esclavos que servirán las máquinas del mañana, no encontrarán agrado en mantener legiones de desempleados. La limitación artificial de los nacimientos evitará a los superhombres la incómoda presencia de los desocupados del tercer mundo. Ha sido previsto así. En la tierra no habrá cabida sino para los seleccionados que la técnica creó. Pero la producción en serie reclama población creciente, o no hay mercado, vale decir negocio. Será el momento en que el hombre vuelva por sus fueros.

Aparte esa primera falla hay otras que no puedo dejar de comentar. Es muy peligroso proceder en cosas de ciencia sin una visión de conjunto. Marchar en una sola dirección, la de prolongar la vida, mientras se la ciega en su fuente, va a traer otra consecuencia bien grave: si esta campaña llegara a tener éxito, las generaciones próximas se verán enfrentadas a otro problema: aumentará desmesuradamente el número de ancianos, vale decir de inválidos, mientras el de jóvenes disminuirá en número alarmante. Cuando se predica el desprecio a la vida que nace, se podrá esperar que los jóvenes de entonces, los nacidos por graciosa permisión del Estado, aceptarán gustosos que se les obligue a trabajar para mantener una población de inválidos cada vez más creciente? A menos que para remediarlo también encuentre la eutanasia sus teólogos de cabecera!

Pero hay argumentos que podrían llamarse señoreros, si no fuera que los repiten personas de reconocida solvencia científica. Eso de que en determinado tiempo han sido llevados tantos niños a la puerta de los hospicios. Eso de que en los hospitales fueron atendidos tantos miles de abortos. Eso de que tantos millares de niños han muerto de hambre, cuando debieran conocerse experiencias de alimentación ensayadas con éxito en otros países. Y todo para concluir que si no hubieran nacido no habrían vivido ese drama... bueno, me excuso de comentar. La respuesta es obvia. Qué excelente manera de resolver los problemas. Si no hubieran nacido tampoco estarían de enfermos hasta el tope los hospitales de caridad. Yo entiendo que la misión del médico no es la fuga, sino la de hacer frente a la emergencia. Para eso nos hicimos médicos!

Pero hay todavía otro aspecto de psicología que desconcierta por su clarividencia. Ya está el cálculo hecho: el ingreso per cápita de nuestro pueblo es de US \$ 200.00 (véase bien: en dólares) actualmente. Si nuestros campesinos se deciden a no tener sino dos hijos percibirán US \$ 400.00 (véase bien: en dólares) dentro de veinte años. Todo está previsto: hasta el cambio de mentalidad de nuestro terrateniente. El ya les garantizó que no le va a disminuir el salario al jornalero, en vista de que ya no tiene tantas bocas que alimentar. Y al famélico trabajador del campo, que aumenta la prole para poder subsistir con la ayuda temporal que van a prestarle sus hijos desde los seis años, no se le va a presentar lo imprevisto: él no va a estar inhabilitado precozmente. El no perderá la vida de manera inesperada, y si ocurriera, rápidamente acudirán en su ayuda el solícito Estado que, en dólares naturalmente, le resarcirá.

Me he extendido deliberadamente en este aspecto de lucha contra el hambre que considero muy importante. No es la oportunidad de aludir a otros hechos como el engaño sobre la inocuidad de los métodos a que han llegado investigadores pagados. Tampoco a las perspectivas que la frigidéz femenina provocada por el método abre a la reconstrucción de Sodoma. Y quiero llamar la atención sobre que no he invocado argumentos teológicos a esta manera de combatir el hambre. Porque es bueno que quede constancia de un hecho: si por un imposible el Vaticano aceptara el uso de anticonceptivos y extendiera esa aceptación hasta el extremo a que se ha llegado: hasta las mujeres solteras... como preparación al matrimonio, como católico, y católico que ni invoca engañosamente la autoridad del Pontífice ni tergiversa de mala fé sus palabras, aceptaría la decisión del Santo Padre.

Querría decir que desaparecieron las razones de orden teológico. Ellas no van a destruir las que he expuesto, ni las que por razones de tiempo he callado esta noche. El peligro seguirá siendo el mismo: marchamos a la catástrofe con los ojos abiertos.

b) - Aclarado lo anterior es importante hacer una advertencia: nosotros no desconocemos el problema de la explosión demográfica en varias regiones del mundo. Sostenemos que en los países del subdesarrollo no somos pobres por ser muchos, sino que somos muchos porque somos pobres. Es una primera tesis que nos aparta de quienes piensan que no hay sino un medio, el control **artificial** de la natalidad, para luchar contra el hambre en el mundo. Nosotros creemos que la limitación de la natalidad es **sólo uno** de los medios de lucha. Y la aceptamos, pero por medios fisiológicos, aprovechando la infertilidad temporal que la misma naturaleza ofrece sin exponer a la mujer a los peligros reales de la esterilidad transitoria o permanente, provocada por medios antinaturales. Sostenemos, basados en estudios serios, que otra manera racional de limitar la natalidad es la de promover una campaña de alimentación urgente hacia el consumo de proteínas, cuyo déficit aumenta la fertilidad femenina. Esa subalimentación es otra de las características del subdesarrollo. Ahora bien, se produjo la explosión, y se produjo porque la provocó el hombre mismo, que creyó que la moral debía ser la primera víctima en el altar del negocio. Y seguirá a un ritmo incontrolable, si no se toman ya las medidas para frenar el crecimiento. Pero ni los anticonceptivos, ni nuestros esfuerzos lograrán impedir que una enorme población de hambreados perezca en el inmediato futuro. Las medidas aconsejadas no tienen operancia para hoy.

c) - Pero debemos sentar una premisa fundamental, sin la cual todo esfuerzo estará condenado al fracaso: la decisión de las clases dirigentes en aceptar que tienen obligación de contribuir cristianamente a la solución del problema. Convendría reflexionar un poco en el hecho de que hay quienes se quejan de los impuestos que pagan al Estado, sin que ello mengüe su despensa, ni recorte sus posibilidades de lujo: hay millones de seres que no pagan impuesto, y no tienen con qué comprar un litro de leche para engañar el hambre de sus hijos. Tal vez mueva el pensamiento de que ni carne, ni leche, ni huevos figuran en

el menú de nuestros pobres: sus precios les dieron categoría de artículo de lujo. Y son la fuente principal de proteínas.

d) - La promiscuidad y el hacinamiento, originadas en las condiciones infrahumanas de vivienda, contribuyen inevitablemente a la corrupción. Será más cristiano esterilizar a la mujer, prolongando la injusticia, o remediar el hacinamiento y la miseria pagando al trabajador un jornal que le permita siquiera un margen de ahorro para lograr algún día construir su propia vivienda?

e) - No ha sido rebatido el informe Leuret que estableció que en Colombia el 4.6% de la población posee el 40% del ingreso nacional, lo cual conduce a que el 80% tenga un nivel de ingresos inferior a las $\frac{3}{4}$ partes del ingreso medio que sólo un 10% sobrepasa. En estas cosas, y cuando uno va dándose cuenta de que hay sectores en donde la conciencia cristiana sí tiene vigencia, sería preferible apresurar el remedio por métodos de convicción. No creemos que sean tan obtusas ciertas mentes que no comprendan que ya no es posible dilatar la solución. Estamos en el centro de acontecimientos en que dos fuerzas incontrastables presionan la decisión: **Cristianismo** y **Comunismo**. El mundo será del que primero rompa el dique. Y el dique, tengámoslo por seguro, se romperá.

f) - Hay que colmar de valores los elementos que configuran el progreso. Tan importante como el capital es el trabajo. Tomando conciencia de ello, el trabajador recobra sus derechos a ser tratado como ser humano. Las empresas en que el trabajador ha sido estimulado y ayudado no son las que viven enfrentadas a conflictos laborales permanentes, ni son tampoco las menos prósperas.

g) - Hay que restaurar el sentido de la disciplina, la noción de que el progreso social es fruto de un esfuerzo perseverante. Una fábrica que se levanta, un puente tendido sobre un río, la casa que se construye, la escuela que se erige en el barrio, la carretera que desembotella regiones abandonadas, el centro de salud que se construye en la vereda, todo ello, multiplicado, es lucha contra el hambre.

h) - Hay que infundir a los dirigentes de los trabajadores la noción de que el pleno empleo no se logra con una política de estorbo a todo progreso. Esá bien que haya vigilancia para impedir el abuso patronal. Pero se hace un fraude al pueblo trabajador erigiendo en sistema la defensa del haragán. No fue reconstruída Europa por enjambres de parásitos. Limitar las aspiraciones a la obtención de aumentos salariales —que se conceden la mayoría de las veces y que siempre revientan sobre el consumidor—, es apretar más el nudo de miseria que nos ahoga. Más sabio sería que las directivas sindicales exigieran al patrono el estímulo a los más aptos.

i) - Hay que dar un vuelco total al criterio de beneficencia que prima ahora. Con intención seguramente sana, el Estado eximió de im-

puesto este renglón, provocando una súbita y benéfica floración de cristianismo. Pero estamos fomentando la inactividad de grandes sectores sociales que han encontrado más fácil vivir a la sombra de la caridad. La ayuda no debe ser un regalo. Es más importante, como disciplina y como dignificación, buscar empleo a quien está en capacidad de producir.

j) - Es hora de que pensemos si vamos a ser independientes algún día, o si nuestro sino es el de seguir uncidos al yugo de las potencias extranjeras. Si definitivamente nuestras universidades van a seguir siendo colonias intelectuales, sin vida propia. Ayer fue Francia. Hoy son los Estados Unidos. Mañana puede ser Rusia. Es muy posible que no todas nuestras riquezas hayan sido totalmente agotadas en beneficio de las plutocracias extranjeras. Será imposible que de nuestras universidades salgan técnicos en petróleo, en explotaciones mineras, en aprovechamiento de maderas, en agricultura? Será imposible impedir que nuestros centros de educación profesional sigan siendo propiedad hipotecada, para que el personal colombiano preparado a bajo costo, sea aprovechado por las potencias extranjeras, que se benefician de esa preparación utilizando servicios tan eficaces como el de su propio personal, pero también a un costo menor?

k) - Un sólo aspecto muestra la equivocada política que adoptamos en el camino de la "liberación": nuestra población ganadera es cuantitativamente igual a la humana. Para hacernos a divisas se la exporta (ignoremos el hecho de que un 10% de la misma sale de contrabando a Venezuela). Y nuestro pueblo no puede consumir carne. Y por no consumirla es desnutrido, y por desnutrido su rendimiento es inferior al de un trabajador bien alimentado. No estamos prolongando así nuestra servidumbre? No sería más lógico bastarnos primero a nosotros mismos, que luego estaríamos en condiciones de alimentar a otros pueblos? No somos un país sin recursos, somos simplemente un pueblo que no ha sabido aprovecharlos. Las tierras que la naturaleza nos dió para la agricultura las utilizamos para ganadería. Y las que son aptas para ganadería las dejamos perder por desconocimiento en la cría técnica del ganado, que esteriliza el pasto que ha de alimentarlo.

l) - Gracias a la variedad de climas, estamos en posibilidad de tener una agricultura adaptada a sus condiciones. Podría dar un rendimiento superiorísimo al actual, si hiciéramos caso a los consejos de los técnicos que nos han visitado y que conocen nuestro suelo mejor que la mayoría de los colombianos. En este sentido sería de capital importancia también, extender el campo de la educación, no sólo al conocimiento elemental del alfabeto, sino al del aprovechamiento alimenticio de lo que tenemos. Nuestro pueblo se subalimenta por ignorancia de lo que es fundamental en todo régimen alimenticio.

m) - Tenemos una riqueza hidrográfica que es la sorpresa de los foráneos. Esa riqueza la estamos dejando perder, y desaparecerá un día si no ponemos coto inmediato a la deforestación.

n) - En la Guajira hacen memoria de una época en que la pesca fue industria que abastecía el mercado de Venezuela. Como siempre, la voracidad de los compradores desalentó al indio y apenas si queda como supervivencia el frigorífico del Cabo de la Vela. De la industria pesquera obtiene el Perú una de sus fuentes mayores de riqueza. Es que de nuestras costas huye el pescado? Es que será imposible combinar equitativamente la ganancia entre el que aporta el capital y el que dedica su vida a extraer del mar esta infinita riqueza de proteínas que podrían suplir la deficiencia de nuestro pueblo.

ñ) - No es argumento en contra el de colonizaciones que fracasaron porque no fueron debidamente planeadas. Primero hay que asegurar vías de comunicación. Cuando tuvimos un ministro de Obras Públicas que pensaba en términos de patria y no de parroquia, el Valle del Magdalena, que se creyó inhabitable, se transformó en factor importantísimo de la economía nacional. Es muy seguro que lo mismo ocurrirá en el Amazonas con la carretera marginal de la selva.

o) - Una política de inmigración selectiva nos salvaría, como salvó a la Argentina, cuyos inmigrantes no parece que se detuvieron en los almacenes de Buenos Aires. Debemos aprovechar a quienes saben de agricultura. Igualmente, es hora de que el país defienda sus empresas industriales, muchas de las cuales están cayendo en manos foráneas. Y hay que cortar radicalmente de raíz ciertas complacencias, mediante las cuales se han constituido industrias extranjeras, sin aportar un solo céntimo de capital, cobijadas por créditos garantizados desde el exterior.

No he pretendido agotar el tema. Muchas cosas pueden deducirse del análisis inicial que hice del subdesarrollo. Apenas he mencionado otras específicamente. Deje desde el comienzo todo lo que no soy. Pero puedo afirmar que he leído suficiente material, y que he recorrido buen trecho del país para asegurar que no somos una nación sin recursos para hacer frente a la superpoblación. Quisiera terminar con una reflexión final: para imponernos la limitación de la natalidad, los latinoamericanos hemos sido amenazados con la suspensión de toda ayuda. La historia nos enseña que los Estados Unidos tampoco fueron solícitos con nosotros cuando éramos cuatro millones. Tampoco, como es de público conocimiento, muestran la menor intención de tratarnos en forma diferente en la relación productos nativos que exportamos y los elaborados que importamos. Si solamente hubiera equidad en esa relación, podríamos combatir el hambre exitosamente.

Por lo demás, no hemos vivido en vano. Hace 25 años nos sentábamos en los bancos de la universidad a estudiar geografía. Nos enseñaron el mapa del mundo con su quinta parte cubierta por la bandera del Imperio Británico. Nunca imaginamos que aquel imperio se desmoronara en vida nuestra. El 6 de agosto de 1945 una potencia lanzó sobre Hiroshima la bomba atómica. Quince años después, otra potencia había logrado dominar al átomo. Veinte años después de Hiroshima, Francia y China eran a su vez dueñas del artefacto. Es una ilusión sin fundamento la de creerse dueño, indefinidamente, de los destinos mundiales.